

Introducción a la semana

Es la semana que sigue a la fiesta de la Ascensión del Señor. La última semana del tiempo ordinario. Es sobre todo la semana de preparación para la Pascua de Pentecostés. La Pascua de la plenitud de la de Resurrección. En muchos lugares, bien la semana, bien los último días de ellos se viven como preparación a Pentecostés. Necesario es, pues, Pentecostés, a pesar de ser fiesta de máxima importancia “no tiene octava”. Inmediatamente después de ella empieza el tiempo ordinario. Del Espíritu Santo habla la primera lectura del lunes, a él se refieren también las del martes y miércoles. Son lecturas que resumen los últimos momentos de la misión de Pablo. Los textos evangélicos siguen ofreciendo el discurso último de Jesús, en concreto su oración sacerdotal por los apóstoles. El viernes y sábado nos encontramos con el final del evangelio de Juan.

Lun

13

May

2013

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

“No tengáis miedo: Yo he vencido al mundo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 19,1-8

Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo atravesó la meseta y llegó a Éfeso. Allí encontró unos discípulos y les preguntó: - «¿Recibisteis el Espíritu Santo al aceptar la fe?» Contestaron: - «Ni siquiera hemos oído hablar de un Espíritu Santo.» Pablo les volvió a preguntar: - «Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido?» Respondieron: - «El bautismo de Juan.» Pablo les dijo: - «El bautismo de Juan era signo de conversión, y él decía al pueblo que creyesen en el que iba a venir después, es decir, en Jesús.» Al oír esto, se bautizaron en el nombre del Señor Jesús; cuando Pablo les impuso las manos, bajó sobre ellos el Espíritu Santo, y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar. Eran en total unos doce hombres. Pablo fue a la sinagoga y durante tres meses habló en público del reino de Dios, tratando de persuadirlos.

Salmo

Sal 67, 2-3. 4-5ac. 6-7ab R. Reyes de la tierra, cantad a Dios.

Se levanta Dios, y se dispersan sus enemigos,
huyen de su presencia los que lo odian;
como el humo se disipa, se disipan ellos;
como se derrite la cera ante el fuego,
así perecen los impíos ante Dios. R.

En cambio, los justos se alegran,
gozan en la presencia de Dios, rebotando de alegría.
Cantad a Dios, tocad en su honor,
su nombre es el Señor. R.

Padre de huérfanos, protector de viudas,
Dios vive en su santa morada.
Dios prepara casa a los desvalidos,
libera a los cautivos y los enriquece. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 16,29-33

En aquel tiempo, dijeron los discípulos a Jesús: - «Ahora sí que hablas claro y no usas comparaciones. Ahora vemos que lo sabes todo y no necesitas que te pregunten; por ello creemos que saliste de Dios.» Les contestó Jesús: - ¿Ahora creéis? Pues mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre. Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Pablo habló en público del Reino de Dios”

En esta lectura podemos observar el respeto que Pablo tiene a las enseñanzas impartidas por los que le han precedido, sólo indaga a quienes ya se consideraban seguidores de Cristo, si al aceptar la fe habían recibido el Espíritu Santo. Al escuchar que no habían oído hablar de Él a pesar de haber sido bautizados, comprende que han recibido el bautismo de Juan y comienza a explicarles la diferencia entre el bautismo de Juan y el de Jesús: aquel era un bautismo de conversión, como preparación, para que creyeran en el que había de venir: Cristo. Pablo emplea una actitud serena dialogante, de escucha con aquellos hombres, informándoles del bautismo cristiano, ellos reciben sus enseñanzas sin dudar, se bautizan y reciben la fuerza del Espíritu anunciado por Jesús.

Respeto y escucha pero, a la vez, fidelidad y entereza en el anuncio del mensaje de Jesús.

Hoy que todo es válido, que igual da una verdad que otra, aprendamos a respetar la verdad del otro, ayudándole, con nuestro diálogo respetuoso, a encontrar la única verdad “Cristo” que es camino, verdad y vida, anunciemos el Mensaje con toda fidelidad, aunque no sea aceptado. Aprendamos de Pablo, como anunciar el Reino de Dios al mundo de hoy.

“No tengáis miedo: Yo he vencido al mundo”

Jesús, que acostumbra a enseñar por medio de parábolas, en esta ocasión, estando ya cercana la hora de su pasión, habla a sus discípulos con toda claridad. Ellos, entusiasmados, le dicen: ahora vemos que lo sabes todo, por eso creemos que saliste de Dios, esto, les produce gran alegría, e incluso podríamos pensar en un poco de presunción por ser sus seguidores. Pero Jesús les habla de la soledad en que le van a dejar en el momento de su pasión: “Os dispersaréis y me dejaréis sólo; pero no estoy sólo, el Padre está conmigo”.

Como Jesús, en la hora de la tribulación, sus discípulos nunca debemos sentirnos solos. Él está con nosotros en los momentos más difíciles, en las luchas y persecuciones por el anuncio del Evangelio, firmes en la fe, encontraremos la paz en Cristo que siempre nos acompaña y nos repite: “No tengáis miedo: Yo he vencido al mundo”.

Los seguidores de Cristo siguen siendo perseguidos, a veces hasta el martirio, otras veces sufriendo desprecios y el rechazo de la sociedad, pero no dudemos, tenemos que seguir anunciando el amor de Dios al mundo, manifestado en Cristo que vino a salvarnos a todos.

Encomendémonos a María, en este día de la Virgen de Fátima, que ella no ayude a conducir a todos hacia su Hijo.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominicana del Rosario

Mar
14
May
2013

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Matías (14 de Mayo)

“A vosotros os llamo amigos”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 1, 15-17. 20-26

Uno de aquellos días, Pedro se puso en pie en medio de los hermanos y dijo (había reunidas unas ciento veinte personas): -«Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho, en la Escritura, acerca de Judas, que hizo de guía a los que arrestaron a Jesús. Era uno de nuestro grupo y compartía el mismo ministerio. En el libro de los Salmos está escrito: "Que su morada quede desierta, y que nadie habite en ella", y también: "Que su cargo lo ocupe otro." Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús, uno de los que nos acompañaron mientras convivió con nosotros el Señor Jesús, desde que Juan bautizaba, hasta el día de su ascensión.» Propusieron dos nombres: José, apellidado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. Y rezaron así: -«Señor, tú penetras el corazón de todos; muéstranos a cuál de los dos has elegido para que, en este ministerio apostólico, ocupe el puesto que dejó Judas para marcharse al suyo propio.» Echaron suertes, le tocó a Matías, y lo asociaron a los once apóstoles.

Salmo

Sal 112,1-2.3-4.5-6.7-8 R. El Señor lo sentó con los príncipes de su pueblo.

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre. R/.

De la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.

El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos. R/.

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra? R/.

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 15, 9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: -«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros.»

Reflexión del Evangelio de hoy

De Matías sabemos muy poco, su nombre y su elección. Fue, por orden cronológico, el último de los apóstoles, apóstol póstumo de Jesús, incorporado al grupo cuando Jesús ya había ascendido al cielo.

Matías, el elegido

La elección de Matías tiene lugar inmediatamente después de la Ascensión del Señor. Una vez que Jesús asciende a los cielos, los discípulos vuelven a Jerusalén, a una casa donde solían juntarse. Lo hacían siguiendo la consigna de Jesús, que no se alejasen de Jerusalén, sino que aguardasen allí la llegada del Espíritu Santo.

Allí perseveraban unánimes en la oración los discípulos, once por ausencia de Judas, las mujeres que asiduamente le habían acompañado a Jesús y seguían ahora con los discípulos y, muy en particular, María. En medio de aquel clima de suma tensión y emoción por la despedida de Jesús, surgió el primer problema de la Iglesia naciente: ¿sobraba un trono o necesitaban una persona para que se sentara sobre él. Jesús les había dicho que, a su regreso glorioso, los doce elegidos por él se sentarían sobre doce tronos para regir las doce tribus de Israel. Los tronos y las tribus no habían variado, pero faltaba un hombre para ocupar un trono. Sólo eran once. Fue entonces cuando Pedro les dijo: "Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús, uno de los que nos acompañaron mientras convivió con nosotros el Señor Jesús... Propusieron dos nombres, José, apellidado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías... Echaron suertes, le tocó a Matías y lo asociaron a los once apóstoles".

Matías, el amigo

El libro de los Hechos no vuelve a citar a Matías, por eso, para no elucubrar en lo que pudo haber sido sin saber con certeza si fue, prefiero aplicar a Matías lo que el mismo Jesús dijo de él y de los demás discípulos de entonces y de después hoy en el Evangelio: "A vosotros os llamo amigos -a ti, Matías, te llamo amigo- porque lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer".

Judas también había sido amigo de Jesús, pero, aunque nunca sabremos por qué, las cosas se torcieron, y no supo o no fue capaz de responder a su confianza y amistad. Su puesto, su confianza y amistad con Jesús, pasó a Matías, que supo y fue capaz de apostar también por Jesús y responder así al gesto de haber sido elegido como apóstol.

Cuando funciona la amistad, cuando las relaciones son de mutua confianza, sin escapismos ni reservas egoístas, todo está garantizado. Seguirán existiendo problemas, carencias y necesidades humanas, pero nada ni nadie podrá arrebatar de esas personas la paz y la seguridad de encontrarse seguros en los brazos de Dios. Esto fue lo que le pasó a Matías, al haber sido elegido por Dios para ir y dar fruto duradero, con la promesa añadida de que cuanto pidiera al Padre en nombre de Jesús lo recibiría.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

San Matías

San Matías

Apóstol (siglo I)

Su nombre es una abreviación de Matatías, que vendría a significar «don de Yahvé». Se puede decir que, por esta vez, el nombre de la persona responde plenamente a su historia personal y social, San Matías es un don del Espíritu a la Iglesia de Jesús para llenar el puesto que había sido dejado vacío por Judas Iscariote (cf. Mt 27, 3-10) en el colegio de los apóstoles de Jesús.

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos refiere cómo después de la Ascensión, Pedro reunió al pequeño grupo de los discípulos para que eligieran a un suplente del traidor (cf. Hch 1, 15-26). Judas, en efecto, había ido a acabar con su vida en el campo que había comprado «con el precio de su iniquidad». Un campo que desde entonces se llamaría Haqueldamá, es decir, «Campo de Sangre».

El candidato habría de ser uno que hubiera «seguido» a Jesús durante el ministerio de su vida pública y precisamente desde el bautismo de Juan y hasta el día en que había sido llevado de entre los suyos. El seguimiento era la categoría fundamental del discipulado y se convierte, en consecuencia, en la condición indispensable para ocupar el puesto ahora vacío.

Por otra parte, el discurso de Simón Pedro deja bien claro que el elegido ha de ser un «testigo» de la resurrección del Señor. De este modo, Matías se convierte en el paradigma de todo apóstol de Jesucristo. El seguimiento del Maestro y el testimonio de su vida resucitada han de ser las claves para el discernimiento de todo apostolado, a través de los siglos.

Los ciento veinte «hermanos», con que contaba la Iglesia naciente de Jerusalén, presentaron a dos candidatos. Uno de ellos, José, llamado Barsabás o «hijo de Sabas», era también conocido con el apelativo de «el Justo». El otro era Matías, del cual no se nos ofrece ningún dato biográfico.

La elección tiene lugar tras una oración comunitaria, que el texto resume para los futuros lectores: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse a donde le correspondía» (Hch 1, 24-25).

Por otra parte y como era habitual, la elección se realiza por medio de la apelación a la suerte: echaron suertes, bajo la guía del Espíritu. Contra todos los pronósticos, el designado por la suerte no es «el Justo», sino el otro. El episodio, aparentemente anecdótico, se ha convertido en lección y categoría para la Iglesia. Como se ve a través de tantos relatos bíblicos, los juicios de Dios no siempre coinciden con los juicios humanos. Efectivamente, Dios conoce los corazones. Una vez más, es elegido el que parece menos apropiado según la prudencia humana.

La Liturgia de las Horas nos ofrece en el día de hoy algunos pasajes tomados de una homilía de San Juan Crisóstomo sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles, en la que se comenta precisamente la elección de San Matías, siguiendo paso a paso el texto bíblico:

«Hermanos, tenemos que elegir de entre nosotros. Acepta el parecer de los reunidos, y al mismo tiempo honra a los que son elegidos, e impide la envidia que se podía insinuar. ¿No tenía Pedro facultad para elegir a quienes quisiera? La tenía, sin duda, pero se abstiene de usarla, para no dar la impresión de que obra por favoritismo. Por otra parte, Pedro aún no había recibido el Espíritu Santo.

'Propusieron —dice el texto sagrado— dos nombres: José, apellidado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. No es Pedro quien propone los candidatos, sino todos los asistentes. Lo que sí hace Pedro es recordar la profecía, dando a entender que la elección no es cosa suya. Su oficio es el de intérprete, no el de quien impone un precepto.»

Más adelante, el Crisóstomo se fija en la exigencia de que el elegido ha de ser testigo de la resurrección de Jesús, y comenta: -No dice: Testigo de las demás cosas, sino Testigo de la resurrección de Jesús. Pues merecía mayor fe quien podía decir: "El que comía, bebía y fue crucificado, este mismo ha resucitado". No era necesario ser testigo del período anterior ni del siguiente, ni de los milagros, sino sólo de la resurrección. Pues aquellos otros hechos habían sido públicos y manifiestos; en cambio, la resurrección se había verificado en secreto y sólo estos testigos la conocían».

San Juan Crisóstomo no deja de subrayar el papel que la oración de los reunidos juega ante el momento decisivo de la elección: -No dicen: elige; sino: muéstranos a cuál has elegido, pues saben que todo ha sido prefijado por Dios».

Nada más sabemos sobre el origen, sobre el ministerio o sobre las circunstancias de la muerte de Matías. Eusebio de Cesarea, en su Historia Eclesiástica (siglo IV), asegura que Matías fue uno de aquellos 70 ó 72 discípulos que Jesús envió en una primera misión evangélica. Una leyenda lo hace natural de Belén y otra tradición, que carece de fundamento sólido, identificó a San Matías con Zaqueo.

Incluso sobre sus reliquias ha existido un contencioso histórico, pues han sido reivindicadas por la basílica de Santa María de Tréveris, adonde habrían sido llevadas por Santa Elena, y por la de Santa María la Mayor, de Roma, en la que se encuentra un mosaico de finales del siglo XIII que representa la predicación de este apóstol.

De todas formas, el apóstol san Matías es para los cristianos una especie de icono del apóstol de Jesucristo. Como él, el cristiano se sabe elegido gratuitamente por el Dios que conoce la interioridad de las personas. Como él, ha de vivir la dinámica del seguimiento de Jesús y ser testigo de su resurrección. Como él, es acogido por la oración de la comunidad y destinado a integrarla de forma viva y activa. Como a San Matías, a todo cristiano es confiado el tesoro del Evangelio para que lo difunda por el mundo.

Mié
15
May
2013

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Isidro (15 de Mayo)

“No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 20, 28-38

En aquellos días, decía Pablo a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso: - «Tened cuidado de vosotros y del rebaño que el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre. Ya sé que, cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces, que no tendrán piedad del rebaño. Incluso algunos de vosotros deformarán la doctrina y arrastrarán a los discípulos. Por eso, estad alerta: acordaos que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular. Ahora os dejo en manos de Dios y de su palabra de gracia, que tiene poder para construirlos y daros parte en la herencia de los santos. A nadie le he pedido dinero, oro ni ropa. Bien sabéis que estas manos han ganado lo necesario para mí y mis compañeros. Siempre os he enseñado que es nuestro deber trabajar para socorrer a los necesitados, acordándonos de las palabras del Señor Jesús: "Hay más dicha en dar que en recibir.» Cuando terminé de hablar, se pusieron todos de rodillas, y rezó. Se echaron a llorar y, abrazando a Pablo, lo besaban; lo que más pena les daba era lo que había dicho, que no volverían a verlo. Y lo acompañaron hasta el barco.

Salmo

Sal 67, 29-30. 33-35a. 35b y 36c R. Reyes de la tierra, cantad a Dios.

Oh Dios, despliega tu poder,
tu poder, oh Dios, que actúa en favor nuestro.
A tu templo de Jerusalén
traigan los reyes su tributo. R/.

Reyes de la tierra, cantad a Dios,
tocad para el Señor,
que avanza por los cielos,
los cielos antiquísimos,
que lanza su voz, su voz poderosa:
«Reconoced el poder de Dios.» R/.

Sobre Israel resplandece su majestad,
y su poder, sobre las nubes.
¡Dios sea bendito! R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 17, 11b-19

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró, diciendo: - «Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que ellos mismos tengan mi alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Conságralos en la verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad.»

Reflexión del Evangelio de hoy

La preocupación de Jesús

Jesús, repasando lo que ha sido su vida, sabe lo que le ha acarreado cumplir hasta el final el mandato de Padre, “Tú me enviaste al mundo”: buenos momentos y malos momentos, personas que le acogieron y personas que le rechazaron, personas que le buscaron para seguirle y personas que le buscaron para matarle, personas que aceptaron su buena noticia porque eran de Dios y personas que le odiaron porque eran del “mundo” y no de Dios.

Ahora, antes de morir, Jesús encarga sus seguidores lo mismo que Dios le encargó a él: “Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo”. Sabiendo que se van a encontrar con las mismas reacciones que Él se encontró. “El mundo los ha odiado porque no

son del mundo, como tampoco yo soy del mundo". Y eso le preocupa. Teme por sus seguidores en su misión de evangelizar.

Una buena encomienda de Jesús a su Padre: cuidar de sus seguidores

Con esta preocupación, Jesús, "levantando los ojos al cielo" se dirige a su Padre para que extienda su mano paternal sobre todos sus seguidores: "No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal... Cuando estaba con ellos, yo guardaba a los que me diste y los custodiaba... Guárdalos en tu nombre a los que me has dado". Nos deja en buenas manos: estamos en manos de Dios. Además sabemos que, a pesar de las palabras de Jesús en el evangelio de hoy, Él también sigue cuidando de nosotros en nuestra tarea evangelizadora. "No os dejaré huérfanos... Estaré siempre con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos". Aunque nuestra tarea es ardua, tan ardua como la de Jesús, tenemos muy buenos cuidadores.

La iglesia de Éfeso

San Pablo y los principales predicadores y pastores de la iglesia de Éfeso corrieron la misma suerte que Jesús a la hora de extender el evangelio. "No es el discípulo mayor que su Maestro". Muchos aceptaron la buena noticia de Cristo Jesús, pero otros no. "Ya sé que cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces que no tendrán piedad del rebaño. Incluso algunos de vosotros deformarán la doctrina y arrastrarán a los discípulos". San Pablo, además de recordarles su ejemplo, tiene el mismo gesto que Jesús y les encomienda a Dios Padre: "Ahora os dejo en manos de Dios y de su palabra, que es gracia, y tiene poder para construirs y daros parte en la herencia de los santos". Seguimos en buenas manos a la hora de predicar la buena noticia de Jesús.

Se celebra hoy la memoria de San Isidro, labrador. Vivió en Madrid en el siglo XI. Patrono de los agricultores y de Madrid. Humilde trabajador del campo, que de su escaso jornal rescataba algo para entregárselo a los más pobres.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Isidro

Un Santo laico y labrador

Recién conquistada la villa de Madrid por Alfonso VI a los musulmanes, nació en ella Isidro de Merlo y Quintana hacia el año 1080, siendo muy pronto bautizado en la parroquia de San Andrés, poco antes consagrada. Eran aquellos tiempos decisivos y de gran transformación para la Península Ibérica, pues cinco años más tarde, los cristianos reconquistaban Toledo a los árabes y, poco después, en 1090, comenzó la decadencia de la civilización islámica en España. De familia pobre y virtuosa, Isidro fue educado por sus padres en la práctica de las virtudes cristianas, ya que no pudieron enviarle a la escuela. Pero pronto quedó huérfano y, desde muy joven, tuvo que dedicarse, como jornalero, a las labores del campo, cultivando las tierras del hacendado Iván o Juan de Vargas, caballero principal de uno de los más limpios linajes madrileños. Parece ser que, siendo Isidro de carácter retraído, callado, pero devoto y amable con todos, madrugaba más que el sol para ir muy temprano a visitar las iglesias de Madrid y oír misa antes de ir al trabajo, lo que le valió el que los compañeros le acusasen ante su amo de no trabajar con la diligencia debida.

Al ser reconquistado Madrid por los almorávides, Isidro tuvo que huir de allí, como otros muchos cristianos, y lo hizo a Torrelaguna, donde contrajo matrimonio con una campesina sencilla, llamada María Toribia (según la tradición, Santa María de la Cabeza), de la que tuvo un hijo. Isidro allí siguió trabajando para otro terrateniente donde también fue acusado de rezar mucho y trabajar poco, por lo que su amo le exigió un rendimiento mayor que a los demás jornaleros. Pero Isidro lo soportó todo con admirable paciencia y Dios premió su fe y su laboriosidad abundantemente. Más tarde, pudo retornar con su mujer a Madrid, y de nuevo volvió a trabajar para su antiguo amo, el hacendado Juan de Vargas. Frente a los conflictos con otros agricultores, que le acusaban de no trabajar, pues se dedicaba más a la oración que al laboreo, Juan de Vargas se dio cuenta de la profundidad de su virtud y de su fidelidad, por lo que siempre le tuvo en gran estima y le concedió toda su confianza, lo que le granjeó también la envidia de sus propios compañeros.

Así transcurre la vida de Isidro en el agro de Madrid, siendo modelo de fidelidad a sus obligaciones laborales y de virtudes cristianas, como la oración asidua, la caridad para con los pobres, compartiendo con ellos lo poco que tenía, y la devoción a la Eucaristía, que le llevó a fundar una cofradía para dar culto al Santísimo Sacramento. A la hora de su muerte, como buen cristiano, hizo confesión de sus pecados y recomendó a sus familiares y amigos que tuvieran mucho amor a Dios y mucha caridad con el prójimo.

La tradición popular conservó la memoria de su espíritu de oración y de generosidad con los necesitados, tanto que recuerda que lo que ganaba como jornalero lo distribuía en tres partes: una para la Iglesia, otra para los pobres y otra para el sustento de su familia, llegando su generosidad a compartir con los más pobres esta tercera parte que se quedaba para sí. Y la leyenda ha tejido su memoria de una serie de anécdotas y prodigios, que han hecho las delicias de la gente piadosa, como la del ángel que araba mientras San Isidro rezaba, o la de hacer subir las aguas del pozo en que cayó su hijo para poder salvarlo, o la de la marmita que siempre estaba llena, a pesar de distribuir su jugoso contenido una y otra vez a los pobres, o la de llenarse su granero después de haber dado todo su trigo al patrón de Torrelaguna para cumplir con sus exigencias.

La primera Vida que se conoce del santo, es la del diácono de Zamora, Juan Gil, que data de 1275, en la que se relatan muchos milagros relacionados con la vida de San Isidro y otros muchos realizados por él después de su muerte. Este santo madrileño es uno de los santos laicos, no mártires, más antiguos de los que tenemos noticia.

El cuerpo incorrupto de San Isidro

San Isidro murió el 15 de mayo de 1130 y su cuerpo fue enterrado en el cementerio de la parroquia de San Andrés, hasta que en 1170 fue trasladado, incorrupto, a la iglesia de San Andrés, de Madrid, donde había sido bautizado. El 1 de octubre de 1212, su cuerpo fue exhumado y expuesto a la veneración de los fieles en la misma iglesia parroquial, y al año siguiente, 1213, Alfonso VIII, que había vencido a los árabes en las Navas de Tolosa, construyó en la parroquia de San Andrés una capilla para albergar las reliquias de San Isidro. Allí estuvieron hasta 1535, en que, envueltas en ricas telas, fueron trasladadas a la capilla del Obispo, donde permanecieron hasta 1650. En tiempos de Felipe III, rey de España (1578-1621), habiendo caído gravísimamente enfermo, a su regreso de Lisboa, en Casarrubios del Monte (Toledo), le fue llevado el cuerpo de San Isidro hasta su estancia real, y el monarca sanó milagrosamente. Más tarde, en 1769, pasaron los restos del Santo Patrón de Madrid a la colegiata de San Isidro, en cuyo altar mayor reposaron las reliquias del santo, en urna de plata, para la que el artista Manuel Pereira compuso unos bajorrelieves con escenas de su vida. Esta colegiata la erigieron los jesuitas en honor de San Isidro, con motivo de su canonización, siendo construida entre 1626 y 1664, y, desde la erección de la diócesis de Madrid en 1885 hasta la terminación de la construcción de la catedral de la Almudena en 1993, hizo las veces de catedral. Es la actual colegiata de San Isidro, en la calle Toledo de Madrid.

San Isidro, Patrono de Madrid y de los agricultores españoles

San Isidro es patrono de Madrid desde el 14 de abril de 1619, día en que el papa Pablo V firmó el decreto de su beatificación. Los madrileños lo festejaron al año siguiente, el 15 de mayo de 1620, estrenando la Plaza Mayor. Posteriormente, Gregorio XV lo canonizó el 12 de marzo de 1622, en presencia de 32 cardenales, y junto con San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri. ¡Magníficas compañías!

El Beato Juan XXIII le declaró patrono de los campesinos y labradores españoles y de todos los agricultores católicos del mundo, y la liturgia de las horas recuerda en este día de San Isidro, un sermón de San Agustín en el que decía: «Sembrad, aunque no veáis todavía lo que habéis de recoger. ¿Acaso el labrador, citando siembra, contempla ya la cosecha? El trigo de tantos sudores, guardado en el granero, lo saca y lo siembra. Confía sus granos a la tierra. Vosotros, ¿no confiáis vuestras obras al que hizo el cielo y la tierra? Fijaos en los que tienen hambre, en los que están desnudos, en los necesitados de todo, en los peregrinos, en los que están presos. Todos éstos serán los que os ayudarán a sembrar vuestras obras en el cielo».

Jue
16
May
2013

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

Hoy celebramos: Beato Gil de Santarem (16 de Mayo)

“Que sean uno como nosotros somos uno”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 22, 30; 23, 6-11

En aquellos días, queriendo el tribuno poner en claro de qué acusaban a Pablo los judíos, mandó desatarlo, ordenó que se reunieran los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno, bajó a Pablo y lo presentó ante ellos. Pablo sabía que una parte del Sanedrín eran fariseos y otra saduceos y gritó: - «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo, y me juzgan porque espero la resurrección de los muertos.» Apenas dijo esto, se produjo un altercado entre fariseos y saduceos, y la asamblea quedó dividida. (Los saduceos sostienen que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritus, mientras que los fariseos admiten todo esto.) Se armó un griterío, y algunos escribas del partido fariseo se pusieron en pie, porfiando: - «No encontramos ningún delito en este hombre; ¿y si le ha hablado un espíritu o un ángel?» El altercado arreciaba, y el tribuno, temiendo que hicieran pedazos a Pablo, mandó bajar a la guarnición para sacarlo de allí y llevárselo al cuartel. La noche siguiente, el Señor se le presentó y le dijo: - «¡Animo! Lo mismo que has dado testimonio a favor mío en Jerusalén tienes que darlo en Roma.»

Salmo

Sal 15, 1-2 y 5. 7-8. 9-10. 11 R. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.»
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano. R/.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. R/.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. R/.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 17, 20-26

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró, diciendo: - «Padre santo, no sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también lo sean en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. También les di a ellos la gloria que me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí. Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté con ellos, como también yo estoy con ellos.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Porque espero la resurrección me juzgan

No es la primera vez que Pablo acredita su feliz condición de apóstol de Jesucristo ante las autoridades judías, otrora correligionarios

suyos; en esta ocasión el texto resalta que Pablo, ante los sumos sacerdotes y el Consejo en pleno, advirtiera que el tribunal que le quiere juzgar está dividido por mor de su creencia en la resurrección; con lucidez el apóstol aprovecha este disenso en su favor, pues le fue fácil provocar el bloqueo del tribunal a favor de su absolución. Pero más allá de esta curiosa anécdota, preciso es recordar que Jesús había dicho que los suyos sufrirían persecución y hostigamiento por su causa; el Espíritu, además, había indicado a Pablo que le esperaban incomodidades y cárcel en Jerusalén. Y Pablo está constatando en su propia persona tales vaticinios. Su misión se ha cifrado en dar testimonio de la alegría de la gracia, de la Buena Noticia de la salvación en Cristo Jesús. Ahora, da un paso más, y ante el Sanedrín levanta acta de su esperanza en la resurrección final, aspecto que se ha verificado de maravilloso modo en Cristo Jesús; por eso este regalo de la gracia se completará en nuestra propia resurrección. Y al igual que testificó en Jerusalén, lo hará en Roma.

Que sean uno como nosotros somos uno

La comunidad de creyentes, en la apuesta del IV evangelio, se torna sacramento, visualización, de lo más granado del mensaje del Maestro de Galilea; en el horizonte de esta oración de despedida de Jesús sólo cabe la unidad entre el Padre y él, la comunión de todos los seguidores, el 'ser uno con' quien nos convoca por la fe, el 'estar en' la prodigiosa aventura de ser luz en nuestro mundo, el 'ser amado de' quien mejor nos transmite el mucho amor que Dios nos tiene. ¿Y esto para qué? Para que el mundo sepa que en los creyentes sobran razones para la alegría, para la esperanza... porque en Cristo, que nos amó hasta el final, está nuestra salvación y la de nuestro mundo. Vocación de unidad no sólo de las comunidades cristianas particulares, sino de todo el pueblo de Dios, convocado por el Espíritu para ofrecer en cada momento histórico razones de nuestra esperanza y de nuestra alegría evangélica: es el signo más explícito de que Jesús de Nazaret es el enviado de Dios, lo mismo que del amor que Dios profesa a todos sus hijos en Cristo Jesús. Oración que da brillo y gloria a nuestra condición creyente.



Fr. Jesús Duque O.P.
Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)

Beato Gil de Santarem

Gil nace en el pueblo de Vaozela, diócesis de Viseo (Portugal) hacia el 1190, siendo su padre el noble Rodrigo Pelagio Valladares. Era ya profesor de medicina en París cuando —según se cree— por una intervención de la Virgen María abandonó su vida disoluta y entró en la Orden de Predicadores hacia el año 1224 junto con el venerable MO fray Humberto de Romans. Tuvo una gran familiaridad con el beato Jordán de Sajonia siendo ya Maestro de la Orden. De él habla abundantemente fray Gerardo de Frachet en Las Vidas de los frailes (parte IV, c. 3 y 16; parte V, c.3 n. 7). Vuelto a su patria se dedicó a la predicación con gran asiduidad, llevando una vida ejemplar con lo que atrajo a muchos, especialmente a los más descarriados, al camino de la salvación. Fue prior provincial de la provincia de España dos veces entre los años 1233-1249. Al momento de su muerte pidió ser revestido de cilicio y puesto sobre el pavimento y así dirigió a los frailes palabras de mucho consuelo. Murió en el convento de Santarem el 14 de mayo día de la Ascensión, del 1265. Sus reliquias se encuentran hoy en San Martino do Porto, cerca de Lisboa, en una casa particular. Su culto muy popular y extendido desde el primer momento fue confirmado por Benedicto XIV el 9 de mayo de 1748.

Oración de laudes:

Oh Dios, te pedimos con insistencia que nos ayudes por tu misericordia y, del mismo modo que con ella llevaste al bienaventurado Gil al camino de una vida santa, así también nos saques a nosotros de la servidumbre de la muerte en el pecado para conducirnos a la libertad y a la vida verdaderas. Por nuestro Señor Jesucristo.

Vie

17
May

2013

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

“Tú sabes que te quiero”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 25, 13-21

En aquellos días, el rey Agripa llegó a Cesarea con Berenice para cumplimentar a Festo, y se entretuvieron allí bastantes días. Festo expuso al rey el caso de Pablo, diciéndole: -«Tengo aquí un preso, que ha dejado Félix; cuando fui a Jerusalén, los sumos sacerdotes y los ancianos judíos presentaron acusación contra él, pidiendo su condena. Les respondí que no es costumbre romana ceder a un hombre por las buenas; primero el acusado tiene que carearse con sus acusadores, para que tenga ocasión de defenderse. Vinieron conmigo a Cesarea, y yo, sin dar largas al asunto, al día siguiente me senté en el tribunal y mandé traer a este hombre. Pero, cuando los acusadores tomaron la palabra, no adujeron ningún cargo grave de los que yo suponía; se trataba sólo de ciertas discusiones acerca de su religión y de un difunto llamado Jesús, que Pablo sostiene que está vivo. Yo, perdido en semejante discusión, le pregunté si quería ir a Jerusalén a que lo juzgase allí. Pero, como Pablo ha apelado, pidiendo que lo deje en la cárcel, para que decida su majestad, he dado orden de tenerlo en prisión hasta que pueda remitirlo al César.»

Salmo

Sal 102, 1-2. 11-12. 19-20ab R. El Señor puso en el cielo su trono.

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. R/.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos. R/.

El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.
Benedicid al Señor, ángeles suyos,
poderosos ejecutores de sus órdenes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 15-19

Habiéndose aparecido Jesús a sus discípulos, después de comer con ellos, dice a Simón Pedro: - «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Él le contestó: - «Sí, Señor, tú, sabes que te quiero.» Jesús le dice: - «Apacienta mis corderos.» Por segunda vez le pregunta: - «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Él le contesta: - «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Él le dice: - «Pastorea mis ovejas.» Por tercera vez le pregunta: - «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: - «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: - «Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.» Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: - «Sígueme.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Se trataba de ciertas discusiones acerca de un difunto llamado Jesús que Pablo sostiene que está vivo.

El informe del procurador se lee con gusto. Es un resumen sobrio, como conviene a un funcionario romano, desapasionado y con un cierto tono de lejanía y aun desinterés (véase Hch 25,19-20). ¡Son cosas de judíos! Podía decir el buen romano. Realmente algo así debieron de ser no pocas reacciones oficiales de las autoridades paganas ante el cristianismo naciente. Sin embargo Lucas, como otras veces, aprovecha la situación para afirmar la inocencia de Pablo y del cristianismo antes las leyes del imperio. Y como Pablo ha apelado al César, al gobernador no le queda más remedio que mantenerle en prisión.

El mundo de hoy, aunque en cierta medida aprecie a Jesús por su doctrina y su testimonio, llega pocas veces a la convicción de su divinidad o de su resurrección. No se deja animar por la presencia, también hoy y aquí, de ese Jesús, ahora el Señor Resucitado, que comunica vida a su comunidad, y quiere transformar la sociedad y todo el universo. Nosotros tenemos que confesar como Pablo, que Jesús está vivo. Decir que sí creemos en este Jesús Resucitado, y que es él quien da sentido a nuestra existencia y a nuestra actividad. Si no, ¿de qué habrán servido estas siete semanas de celebración pascual? Pero no tengamos miedo que el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad.

Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas

El episodio junto al lago de Tiberiades es una lección para Pedro y para nosotros. Él había afirmado en la última cena que, si todos le abandonan él no lo abandonaría. Pero después lo negó tres veces, jurando que ni lo conocía. Ahora Jesús le pregunta: «Pedro, ¿me amas más que éstos?» tiene que contestar con más humildad: «Señor, tú sabes que te quiero». Aquí tiene cuidado de no decir «más que los demás». Pedro, el discípulo impulsivo, que de veras quería a Jesús, antes se había mostrado débil por miedo a la muerte, aquí tiene ocasión de reparar su triple negación con la triple profesión de amor. Y Jesús lo rehabilita delante de los demás: «apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas». Jesús entonces le dice «Sígueme».

También a nosotros nos dice Jesús «Sígueme», desde esta profesión de amor profundo que, como Pedro profesó. Porque nosotros también negamos a Jesús en nuestra vida por nuestra débil fe. Débil porque tenemos ocasiones de confesar a Jesús como nuestro salvador y nuestro único bien en medio de este mundo, y por miedo al ridículo, a la burla o a la ofensa no damos testimonio, nos quedamos cortos. Por eso hoy Jesús también nos pregunta a nosotros por nuestro nombre: «¿me amas más que estos?». Y con humildad reflexionamos y nos preguntamos ¿en verdad amo a Jesús? ¿Lo quiero de verdad? ¿Qué hago por Él? ¿Doy testimonio con mi fe de que amo a Jesús? Y Jesús nos vuelve a preguntar por tercera vez: «¿me quieres?» Y le tenemos que contestar como Pedro: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero». Dentro de nuestra debilidad, de nuestros fallos, y de nuestros pecados, sabes Señor que te queremos, porque nuestra débil fe, tú la fortaleces cada día con tu Palabra, y con tu cuerpo y sangre, y porque te sentimos cada día en nuestra vidas.

Solo desde el amor podemos dar sentido a nuestras vidas. Y que el Espíritu santo nos llene a todos de la llama de su AMOR.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicás
Bormujos (Sevilla)

Sáb

18

May

2013

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

“Tú, sígueme”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 28,16-20.30-31

Cuando llegamos a Roma, le permitieron a Pablo vivir por su cuenta en una casa, con un soldado que lo vigilase.

Tres días después, convocó a los judíos principales; cuando se reunieron, les dijo: «Hermanos, estoy aquí preso sin haber hecho nada contra el pueblo ni las tradiciones de nuestros padres; en Jerusalén me entregaron a los romanos. Me interrogaron y querían ponerme en libertad, porque no encontraban nada que mereciera la muerte; pero, como los judíos se oponían, tuve que apelar al César; aunque no es que tenga intención de acusar a mi pueblo. Por este motivo he querido veros y hablar con vosotros; pues por la esperanza de Israel llevo

encima estas cadenas.» Vivió allí dos años enteros a su propia costa, recibiendo a todos los que acudían, predicándoles el reino de Dios y enseñando lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad, sin estorbos.

Salmo

Sal 10, 4. 5 y 7: R. Los buenos verán tu rostro, Señor.

El Señor está en su templo santo,
el Señor tiene su trono en el cielo;
sus ojos están observando,
sus pupilas examinan a los hombres. R/.

El Señor examina a inocentes y culpables,
y al que ama la violencia él lo odia.
Porque el Señor es justo y ama la justicia:
los buenos verán su rostro. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 20-25

En aquel tiempo, Pedro, volviéndose, vio que los seguía el discípulo a quien Jesús tanto amaba, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado:

«Señor, ¿quién es el que te va a entregar?»

Al verlo, Pedro dice a Jesús: «Señor, y éste ¿qué?» Jesús le contesta: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme.»

Entonces se empezó a correr entre los hermanos el rumor de que ese discípulo no moriría. Pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué?»

Éste es el discípulo que da testimonio de todo esto y lo ha escrito; y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero.

Muchas otras cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que los libros no cabrían ni en todo el mundo.

Reflexión del Evangelio de hoy

Vivió predicándoles el Reino de Dios

Tras leer una y otra vez la primera lectura que nos ofrece hoy la liturgia, uno se pregunta cómo es posible que los judíos de Jerusalén quisieran matar a Pablo y, en cambio, los de Roma le permitieran no sólo estar tranquilo sino, además, continuar predicando el Reino de Dios. Obviamente, Pablo les tuvo que decir algo más que no aparece en la lectura porque nadie se justifica diciendo «yo no he sido» o «yo no he hecho nada malo». ¿Qué les dijo Pablo a los judíos principales de Roma para que éstos no lo molestasen? Si nos vamos a las Sagradas Escrituras y leemos los versículos que van del 21 al 29 del mismo capítulo, ahí vemos que les dice: «Son muy ciertas las palabras que el Espíritu Santo dijo a los padres de ustedes, por medio del profeta Isaías: “Ve a decir a este pueblo: por más que oigan no comprenderán, por más que vean, no conocerán, porque el corazón de este pueblo se ha endurecido, se taparon los oídos y cerraron los ojos, por temor de que sus ojos vean, que sus oídos oigan, que su corazón comprenda, que se conviertan, y que yo los cure”. Sepan entonces que esa salvación de Dios va a ser anunciada a los paganos. Ellos sí que la escucharán.» Pablo se auxilia de la Palabra que fue entregada al pueblo por medio de los profetas. Ya no son palabras de un sectario; son las propias palabras de Dios pronunciadas por uno de sus profetas mayores, Isaías. Ante esto, unos judíos se convencieron, otros se resistieron y otros se fueron discutiendo acalorados; no obstante, tuvieron que ser muchos los convencidos de la Palabra pronunciada por Pablo para que no le molestasen y le permitieran continuar predicando el Reino de Dios y la vida del Señor Jesucristo.

Señor, y éste ¿qué?

Si en la primera lectura veíamos cómo el pueblo judío es el que se oponía al mensaje de libertad, el evangelio nos muestra que los que procuramos seguir a Jesús no andamos a la zaga. Ante el hecho de que Jesús pide a Pedro que le siga, éste le pone el inconveniente de «y éste, ¿qué?». La respuesta de Jesús no se hace esperar: «(y), ¿a ti qué?». Y es verdad. Si la respuesta a la vocación es personal porque la invitación al seguimiento es personalísima, ¿por qué tenemos que condicionar nuestra respuesta a los sujetos que nos rodean? Nosotros, por un lado, hemos de dar un «Sí» sin reservas, el «Sí» de María; por otro lado, no podemos ser nosotros quienes digamos al propio Convocante quién puede o no puede estar en el proyecto. Es el propio Jesús el que tiene la potestad de decidir quién está llamado y cuánto tiempo tiene que durar ese llamamiento; nosotros sólo tenemos la facultad de decir «sí» o «no», pero ni de condicionar el proyecto salvífico querido para toda la humanidad ni, mucho menos, ser nosotros los que juzguemos al prójimo, pues el Señor es quien examina a inocentes y culpables, porque Él es justo y ama la justicia, procurando que los buenos vean su rostro.



D. Juan Jesús Pérez Marcos O.P.
Fraternidad Laical Dulce Nombre de Jesús de Jaén

